



UNA EXTRAÑA NEGACION modismos oscuros en la BIBLIA

Miguel García Guardia. S. J.

HAY en la Escritura, modismos desconcertantes y, a veces, hasta repugnantes. Uno de ellos, propio de los pueblos de oriente, caldeados por soles ardorosos, es llamado negación paradójica o negación relativa: paradójica, porque parece una contradicción, un contrasentido, negar lo que en el fondo se admite; relativa, porque en absoluto no hay negación, sino que solamente, con respecto a otra idea que se desea enaltecer más, se nubla la existencia de la primera.

Internémonos en esta figura del lenguaje; así aparecerán con más claridad muchos modos de hablar del Evangelio.

Los ejemplos bíblicos están tan a

la mano, que se impone una selección para que no nos oprima la monotonía de la repetición unísona.

En el desierto

Los israelitas, de carácter ligero como niños, cuando todavía tienen frescas en la memoria las maravillas con que Dios los sacó de la cárcel de Egipto, sienten la nostalgia por las ollas de carne, y se desbordan en murmuraciones contra Moisés y Aarón. El Legislador les congrega y lanza un vivo discurso prometiendo de parte de Dios las codornices y el maná, pero les conmina: "No van contra nosotros vuestras murmuraciones, sino contra Yah-

vé" (Ex. 168). Sin embargo el pueblo tenía conciencia de que sus murmuraciones habían sido contra sus Jefes.

Donde nosotros hubiéramos dicho: "Habeis murmurado *no tanto* contra nosotros, cuanto contra Yahvé", el hebreo hundido en un mundo de vehementes sentimientos más que de ideas frías, se expresa terminantemente: "No habeis murmurado contra nosotros, sino contra Yahvé".

Correctamente ésto no se puede hacer sino cuando los oyentes se mueven en la esfera de lo conocido. Por éso hay que atender a un análisis psicológico. El ardor oratorio rompe a veces los diques de la Lógica; pero cuando hay verdadera sintonía entre el orador y su auditorio, éste va siguiendo las ideas y entiende perfectamente qué se le quiere decir.

El Evangelio

En la sinagoga de Cafarnaum, apretada de gente, se entabla un vibrante diálogo entre Jesús y los judíos. Jesús exige la fe en su Persona y los judíos le replican exigiendo milagros para creer. Ponen como ejemplo a Moisés que con su exuberante taumaturgia arrastró en el desierto a sus padres a que creyeran. Cristo contempla simultáneamente el maná y la Eucaristía, pesa su valor íntimo, y ve que el Pan de su Cuerpo anula al maná, a pesar del carácter que llevaba de tipo y figura. De su ánimo caldeado avanza vehementemente hacia los labios la respuesta: "*Moisés no os dió el pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero Pan del cielo*". (Io. 632).

La negación no puede ser más rotunda; sin embargo, sólo es absoluta en su forma. El Señor no negaba al maná ni su existencia, ni tampoco su carácter milagroso.

La negación relativa la podemos llamar figura retórica de los pueblos semíticos; por eso la encontramos en los momentos de ardor oratorio. Cristo, elocuente como nadie, le quita a su

auditorio de la vista la figura del maná para hacerles pasar a la idea de la Eucaristía que le interesaba inculcar.

Las epístolas de San Pablo

Los cristianos de Corinto se han dividido en facciones. Las contexturas de la caridad gimen y ésta amenaza ruinas. "*Yo soy de Pablo, yo de Apolo yo de Cefas, yo de Cristo*". Parece como que la mano de Pablo se alza para poner paz: de su pluma brotan tremendos argumentos que sacuden los ánimos de los corintios: "*¿está dividido Cristo? ¿ha sido crucificado Pablo por vosotros o habeis sido bautizados en su nombre?*". Con fuerza elocuente gloríase de no haber bautizado a los cristianos de Corinto: "*Pues no me envió Cristo a bautizar; sino a predicar*" (I Cor II7). Ante la grandeza de la predicación del Evangelio, queda prácticamente como anulado el ministerio de bautizar.

Bien entendían los inquietos corintios que Pablo había bautizado también; pues sus ojos habían contemplado estas escenas, y el mismo Apóstol en su contexto inmediato lo afirma expresamente.

De manera que en una frase de tenor parecido a la que hemos examinado, donde hay una negación seguida de partícula adversativa, se trata sólo de algo relativo: lo que se niega está tan por debajo de lo que se quiere hacer resaltar, que por el momento es como si no existiera.

Por esta causa cuando el Apóstol da la clarinada de combate a los efesios, incitándoles a tomar las armas espirituales, les presenta como razón "*Que no es nuestra lucha contra la carne y la sangre; sino contra los príncipes, potestades y dominadores de este mundo de tinieblas*" (612).

Ninguno de los fieles que leyó la arenga paulina entendería que no había que resistir a los que nosotros diríamos hombres de carne y hueso, cuando éstos se levanten en armas y

pongan en peligro nuestra vida o nuestra dignidad humana. El que leyera esta carta quedaría impresionado por los poderes satánicos que nos circundan y su atención se dirigiría hacia esta batalla que hay que emprender, en cuya comparación las demás quedan tan menguadas que parecen cosa de juego.

No se trata de pobreza de lenguaje como pudiera parecer; sino de una filigrana de estilo.

El culto externo

Estos átomos de luz recogidos al contemplar la negación relativa, no deben caer en el vacío cuando se trata de otros puntos de exégesis. El culto externo es la manifestación espontánea del sentimiento cálido de adoración en espíritu que debemos tributar a Dios. tales son las procesiones, ceremonial de los sacramentos, la Santa Misa, etc. Sin embargo muchos exegetas mal orientados se han parapetado para defender su posición de un único culto íntimo, espiritual, en aquel texto de Jeremías: "Cuando yo saque de Egipto a vuestros padres, *no fué de holocaustos y sacrificios de lo que les hablé; sino que les ordené: oid mi voz... y seguid los caminos que Yo os mando.*" (Jer 722).

Realmente, que mirando solamente el exterior, no nos presenta este texto más que la obediencia de corazón; una obediencia que no se materializa en los sacrificios y holocaustos externos. Pero en un segundo plano laten en el texto esos mismos sacrificios; el profeta, moralista ardiente, lo que quiere hacer brillar, es la importancia del sacrificio espiritual que es la obediencia, sobre los sacrificios materiales de carne ajena. No hay ninguna razón pues, para ver negados por Jeremías aquellos sacrificios y holocaustos prescritos en la legislación mosaica.

El árabe, de sentimientos e ideologías afines, se expresa con el siguiente refrán: "No me des una gallina maña-

na, *sino dame un huevo hoy*", cuando quiere decir que *prefiere* un huevo en la mano a una gallina en risueñas perspectivas.

Otras formas

Esta misma forma literaria reviste a veces carácter interrogativo. Entoces se pica la curiosidad del auditorio para buscar algún sentido más profundo. Jesús dice: "*Quiénes son mi madre y mis hermanos?*" (Mt 1248). Y extendiendo la mirada hacia sus Apóstoles, dijo: "*He aquí mi madre y mis hermanos*". La interrogación está formulada en el contexto en tal manera que se sabreentiende implícitamente una negación: "Esta y éstos que se acercan *no son* mi madre y mis hermanos, *sino* que quien hace la voluntad de mi Padre ése es mi madre y mis hermanos". Como si dijera: mi verdadera madre y hermanos no son tanto los naturales, los de la sangre, cuanto los que hacen la voluntad de mi Padre.

Otra forma fuertemente emparentada con la negación relativa y que gira en torno de ella, es decir *odiar*, cuando debiera decirse *amar menos*. Para expresar el amor hacia dos seres de los cuales uno está por encima del otro en la escala de sus sentimientos íntimos, por ejemplo, la madre a quien se ama más que a un amigo, el hebreo con su carácter impulsivo no mide con los adverbios "*más*" o "*menos*" esa mayor o menor intensidad de su tendencia afectiva, sino que, extremista, expresa sus sentimientos hacia esos dos objetos con las palabras de amor u odio (1).

Cuando Cristo llama a un alma y le dirige el "sígueme" de la generosidad total, escuecen en el alma las palabras perentorias del Evangelio: "El que no *odia* a su padre y a su madre y aun a su propia vida, no puede ser mi discípulo". (Luc1426) ¿Por qué esta

(1) Cfr. M. ZERWICK, *Graecitas biblica*, Romae 1949 núm. 310 p. 102.

turbación? Sentimos que por un lado el Evangelio es infalible; pero por otro lado esta expresión tan cruda, *odiar*, se resiste a entrar en nuestra inteligencia; no acertamos a encajarla dentro de nuestros sentimientos, aun los más jerarquizados según la Ley divina.

Mas ahora podemos comprender sin temor a descarriarnos cómo Jesús no apaga el amor a los padres o la vida.

Esta frase tan descarnada la captaron los oyentes en su sentido limpio y transparente. Jesús puso en ella un hondo humanismo que a nuestra mirada superficial parece una exigencia antinatural. Su sentido verdadero es que cuando el cariño a lo más querido es puesto en parangón con el amor tajante hacia el Señor, debe relumbrar en tal punto este último, que el primero quede como soterrado y eclipsado.

Esto es la negación relativa, detalle del lenguaje oriental que aparece con frecuencia en la Biblia. A veces, aun

nosotros occidentales, captamos su sentido; otras veces queda más velado a nuestra mente. Los entendidos en la exegésis han puesto al descubierto frases bíblicas que parecían ocultas bajo el velo de alguna expresión complicada. Nosotros hemos intentado aclarar un poco este punto para conocer algo más, siquiera sea en estas partículas menudas, el contenido de la Revelación (2).

(2) El procedimiento gramático-estilístico expuesto en esta Nota, ha sido estudiado detenidamente por H. KRUSE, *Die «dialektische Negation» als semitisches Idiom*, *Vetus Testamentum* 4 (1954) 385-400 y, antes que él, por A. VACCARI en diversas ocasiones: *Antica e nuova interpretazione del salmo 16 (Volg. 15)*. *Biblica* 14(1933) 431; *Ieremiae sermo in templo II*, *Verbum Domini* 19(1939) 198-199. Recientemente ha compendiado y, en cierto sentido, completado las anteriores investigaciones E. VOCT, «*Negatio paradoxa*» *Biblica* 36(1955) 146-147.

